

Los viajes de Miguelito

Sandra Ovies Fernández

Sandra Ovies Fernández

Los Viajes de Miguelito

Un libro para leer hoy, mañana y siempre

Prólogo de Viviana Rivero



Con la colaboración
de
Frank Pedreno
Lydia Valledor
Anniabetsy Santos

Libro solidario
Colabora con la
Fundación Aladina, y
la Asociación
Portucat con la
compra de este libro

Capítulo 1

Miguelito y el extraño objeto

Miguelito, a sus siete años, vive pegado a la tablet, teléfono móvil, ordenador o cualquier aparato electrónico. Miguelito vive con sus padres y su hermanita Raquel, de ocho meses, en una bonita casa a las afueras de la ciudad, y tiene un compañero inseparable, su gato Rodolfo. Rodolfo llegó a la familia cuando Miguelito cumplió un año. Fue el regalo de la abuela María y a la mamá de Miguelito no le hizo ninguna gracia, pero ahora es un miembro más de la familia. Por regla general, Miguelito es un niño tranquilo, sociable y bien educado. No tiene la nariz metida en el teléfono móvil de continuo como sus amigos, de vez en cuando habla, levanta la cabeza, sale a jugar al jardín con Rodolfo y sociabiliza, pero una tarde hace un descubrimiento que cambiara su vida...

La mamá de Miguelito había invitado a merendar a unas señoras de la Asociación para Ayudar en África, para organizar la gala benéfica para recaudar fondos. A las 17:30 horas, Miguelito estaba ataviado con traje, pajarita y aleccionado por su mamá de no utilizar ningún aparato electrónico durante la merienda. Tenía que estar quieto, callado, sonriente y encantador con las señoras que no tardarían en invadir su casa. Y la invasión comenzó, el timbre no paraba de sonar; Rosaura no daba abasto a acomodar a las visitas y traer las bandejas repletas de dulces desde la cocina. Miguelito se sentía tan fuera de lugar que buscaba el apoyo de su incondicional amigo Rodolfo, pero su madre lo había encerrado en el jardín trasero. Todo eran aspavientos, pellizcos en las mejillas y besos de señoras, que a los ojos de Miguelito, eran horrendas y sonaban como las cacatúas que había visto el otro día en la visita que su clase había hecho al zoológico.

«¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? ¿Qué tal en el colegio?», y así una tras otra se repetían las mismas preguntas. Miguelito estaba harto de lo que él consideraba preguntas estúpidas. Ser un niño no significaba ser idiota. De repente se acordó que había logrado esconder el teléfono móvil de su madre cuando esta salió un momento del salón para dar indicaciones a Rosaura. Miguelito lo sacó del bolsillo trasero del pantalón, y todo tuvo sentido. Hipnotizado por la pantalla, Miguelito, ni veía, ni escuchaba nada de lo que sucedía a su alrededor. Fue una suave caricia y la severa mirada de su madre lo que hizo que apartara la vista del teléfono. Con dulzura, su madre lo tomó por los hombros y con voz severa lo envió al piso de arriba quitándole el teléfono.

Miguelito se sentía desamparado en su habitación, sin ordenador, tablet, ni teléfono. Comenzó a dar vueltas por la habitación con las manos en los

bolsillos sin saber qué hacer. Un sonido de arañazos que parecía llegar de la ventana hizo que se volviera y viera a su fiel amigo peludo, Rodolfo, pedirle que lo dejara entrar. Nada más abrir la ventana, Rodolfo se lanzó a los brazos de su joven amigo para saludarlo y dejarse caer en el suelo para echar a correr en dirección al desván. Miguelito siguió a su fiel amigo. El desván era un lugar amplio y ordenado con una gran claraboya en el techo. Los ojos de Miguelito se extrañaron al ver la pared que estaba vestida con una enorme estantería repleta de unos objetos extraños. Con curiosidad Miguelito cogió uno de aquellos objetos y comenzó a mirarlo sin saber qué hacer. No era táctil, no tenía para enchufarlo y al tocarlo era blando, lo abrió y había hojas finas que contenían dibujos, letras, y mapas. Desprendía un olor raro y desconocido para Miguelito; le agradó esa sensación. Era algo nuevo y distinto para él, tener ese extraño objeto entre las manos. Unos pasos en las escaleras alertaron a Miguelito, era su abuelo Claudio.

Miguelito, con el extraño objeto entre las manos, miró aliviado hacia las escaleras al comprobar que era su abuelo quien entraba en el desván. No quería otra reprimenda más de su madre.

—Abu, he encontrado esto, señalando la estantería y el objeto que tenía entre las manos.

Capítulo 2

Guillermo y los músicos de Bremen

Miguelito sabía que ese día por la tarde su mamá tenía visita de su amiga Piluca. Una mujer delgada como un fideo y con un color de pelo amarillo que, a Miguelito le recordaba la mazorca de maíz que a veces comían cuando a su mamá le daba por hacer una cena americana, con hamburguesas.

A Miguelito, Piluca no le caía del todo mal, y tenía un hijo de su misma edad que era divertido. Guillermo era un niño rechoncho, que adoraba las gominolas y demás chucherías que la mamá de Miguelito no le dejaba comer. Guillermo no hablaba mucho, bueno, más bien nada. Cuando iba a su casa, mientras que sus mamás merendaban, y hablaban de lo gorda y lo mal que le quedaba el último corte de pelo a la mamá de Gonzalito y Luisito, ellos subían a la habitación de Miguelito y jugaban con el último videojuego que le había traído su papá. Así se pasaban horas hasta, que Rosaura los llamaba para merendar; y como dos autómatas bajaban sin mediar palabra, solo se veía entusiasmo en la cara de Guillermo cuando veía ante él una gran y humeante taza de chocolate con un buen trozo de bizcocho.

A las cinco en punto sonó el timbre. Allí estaba Piluca y Guillermo en el umbral de la puerta. Piluca lucía un chaquetón de piel que abultaba más que ella, y que a Miguelito se le antojó que se parecía al oso que había visto en la última visita al zoológico. A su lado Guillermo con su inseparable teléfono móvil, del que no apartó la vista ni si siquiera para entrar. Tras los saludos de rigor, el odioso pellizco en la mejilla y el protocolario, «estás más alto Miguelito», las mamás entraron en el salón donde Rosaura había servido el té. Con voz anodina, la mamá de Miguelito los invitó a subir a la habitación de este a jugar. Guillermo siguió a Miguelito sin apartar la vista del teléfono, y al entrar se dejó caer en un enorme puf que estaba colocado junto a la ventana.

—¿A qué estás jugando? Preguntó Miguelito desde el umbral de la puerta.

—A Los vengadores —respondió Guillermo sin apartar la vista del teléfono, al tiempo que sacaba del bolsillo de la chaqueta una bolsa de gominolas. Como respuesta, Miguelito se sentó en la cama mientras acariciaba a su fiel amigo Rodolfo que ronroneaba a su lado y lo miraba con curiosidad.

—¿No vas a jugar a nada? —preguntó Guillermo con la boca llena de gominolas.

—Sí, contestó Miguelito sin mucho entusiasmo, y con desgana encendió el portátil que le habían regalado por su cumpleaños.

Un ensordecedor silencio se hizo en la habitación, solo interrumpido por el sonido de las teclas de los aparatos electrónicos al ser apretujadas. De repente, Miguelito dijo algo que escandalizo a Guillermo.

—Me aburro.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Qué me aburro.

—¡Pero si tienes la última versión de Los asesinos del espacio!, exclamó Guillermo, mientras, se disponía a dar un gran mordisco a la chokolatina que tenía en la mano.

Miguelito, sin responder, se levantó y desde el umbral de la puerta invito a Guillermo a que lo siguiera. Guillermo lanzó un bufido, y con trabajo se levantó y siguió a Miguelito por unas estrechas escaleras que conducían al desván.

—¿Qué es esto? preguntó Guillermo con desgana.

—Mira —dijo Miguelito, al tiempo que señalaba la pared repleta de libros.

Guillermo paseó sus pequeños ojos por la pared sin inmutarse.

—Creo que se llaman libros y nuestros papás los leían.

—Pero son divertidos dijo Miguelito mientras cogía uno al azar y se sentaba en el suelo.

Guillermo se sentó de mala gana al lado de Miguelito, y dio un mordisco a la chokolatina que tenía sin terminar. Miguelito fijó la vista en el libro que había cogido, y vio a un grupo de animales con instrumentos musicales en la portada. Más arriba pudo leer: Los músicos de Bremen[1], y con voz entusiasta, comenzó a leer:

«Había una vez un campesino que tenía un asno. Durante mucho tiempo le había servido para llevar los sacos de trigo al molino, pero el asno se empezó a hacerse viejo e inservible y el amo pensó en deshacerse de él. El asno no era tonto, y como sabía de las intenciones de su amo, se escapó rumbo a Bremen para tratar de hacer carrera como músico, ya que el animal tocaba el laúd.

En su camino se tropezó con un perro cazador que jadeaba agotado.

—¿Todo bien amigo?

--Sí, sí tranquilo. Intentaba escaparme de mi amo, que quiere matarme porque soy viejo y ya no le sirvo para ir de caza.

--¿Por qué no te vienes conmigo? Voy camino de Bremen, donde pienso ganarme la vida como músico. Juntos podríamos formar una banda... tú podrías tocar los timbales ¿Qué te parece?

El asno convenció al perro y continuaron su camino juntos. Al poco, se encontraron con un gato con mala cara.

—¿Qué te pasa minino? —preguntó el asno.

—Que no tengo adónde ir. Mi ama ha tratado de ahogarme porque estoy viejo y me paso el día tirado junto al fuego.

—¿Y por qué no te unes a nosotros? Vamos a Bremen, a formar una banda de música.

El gato dijo que no sabía mucho de música, pero como no se le ocurría nada mejor aceptó y se unió al asno y al perro. Más adelante dieron con un gallo que gritaba con todas sus fuerzas.

—¿Por qué gritas gallo? — dijo el asno

—Porque mi ama va a echarme a la cazuela esta noche. Por eso, grito mientras estoy vivo.

—Anda, no malgastes tu tiempo y vente con nosotros. Vamos a Bremen y tienes buena voz, así que eres perfecto para nuestra banda de música...».

Guillermo había dejado de engullir lo que le quedaba de la chocolatina y escuchaba con atención la torpe lectura de Miguelito. Rodolfo se acomodó entre los dos y moviendo la cola de forma plácida escucho las aventuras de Los músicos de Bremen. A medida que Miguelito avanzaba en la lectura, la curiosidad de Guillermo iba en aumento, hasta tal punto que soltó el teléfono y con una renovada energía animo a Miguelito a seguir leyendo. Quería saber que iba a pasar con el asno, el perro, el gallo y el gato que se habían marchado de sus casas y había decidió formar una banda de música.

Le maravilló la astucia y valentía de los animalitos para burlar a los ladrones que querían robar en su recién estrenado hogar.

—¡Qué divertido!, gritó Guillermo con entusiasmo, ¿leemos más? La pregunta de Guillermo quedó sin respuesta, ya que la afable voz de Rosaura los llamo para merendar.

—¿Quieres que le diga a Rosaura que nos suba la merienda aquí? preguntó Miguelito, al tiempo que se ponía de pie y colocaba cuidadosamente el libro en la estantería.

—No, respondió Guillermo, —con una increíble energía. Mi mamá si no me ve durante un tiempo se pone histérica.

Miguelito miró a Guillermo extrañado, nunca le había oído decir tantas palabras seguidas. Guillermo recogió el teléfono que había tirado en el suelo y lo guardo en el bolsillo de la chaqueta. Le paso el rollizo brazo por los hombros, y a modo de confidencia le dijo que estaba deseando la próxima merienda de sus mamás, para poder leer otro libro ¡Qué divertido!

Y con una sonrisa de oreja a oreja mientras charlaban muy animados, los dos niños fueron a dar buena cuenta de la rica merienda que los esperaba.

[1] Los músicos de Bremen es un cuento de los hermanos Grimm. Transcurre en la Baja Sajonia, en los alrededores de Bremen.

Capítulo 3

Miguelito se va a África

Miguelito nunca había visto tan enfadado a su papá como aquel día. El papá de Miguelito era cariñoso, paciente y siempre estaba dispuesto a jugar con él, pero ese día Miguelito conoció la faceta más dura de su papá. El tono de su voz y la frialdad con la que le recriminó que hubiera andado con su ordenador, era nuevo para él. El papá de Miguelito trabajaba algunos días en casa y tenía restringida la entrada a su despacho durante esas horas; en un momento que el papá de Miguelito salió del despacho para hablar por teléfono, Rodolfo se coló en el despacho y comenzó a patear por el teclado del ordenador, con tan mala suerte que envió un correo electrónico que estaba escribiendo el padre de Miguelito a su jefe, el resultado final del correo fue un contenido inacabado y con un montón de números y letras sin sentido. Cuando el padre de Miguelito se sentó de nuevo delante del ordenador y retomó el correo, casi le da un patatús al ver lo que había sucedido.

El papá de Miguelito salió del despacho en dirección a la cocina donde estaba el pequeño jugando con la tablet que le había traído de su último viaje. Con voz fría y cortante le recordó que estaba prohibido entrar en su despacho, y que por jugar con el ordenador había hecho una cosa muy mala. Miguelito no entendía nada, por más que aseguró que no se había movido de la cocina, su papá no le creyó y lo mandó castigado a su habitación sin tablet, ni teléfono móvil, y mucho menos ordenador. Miguelito estaba muy dolido con su papá porque no lo había escuchado y mucho menos creído, cuando le dijo que habría sido Rodolfo, que le gustaba subirse a la mesa y caminar por el teclado y dar con la pata a la rueda del ratón del ordenador.

De forma instintiva, Miguelito subió al piso de arriba, pero no se dirigió a su habitación como le había indicado su papá, subió las escaleras que conducían al desván. Al abrir la puerta lo recibió una cálida luz que entraba por la claraboya del techo; todo estaba limpio y ordenado, como la última vez que había estado allí, y como la última vez, captó su atención la estantería repleta de aquellos extraños objetos, que según le había dicho el abuelo Claudio, eran libros.

Miguelito echó una rápida mirada por la estantería y se sentó enfrente, con las piernas cruzadas. Rodolfo, que había presenciado la escena de la riña del papá de Miguelito, siguió a su querido amigo hasta el desván. Miguelito al ver a Rodolfo le soltó un bufido y lo apartó de su lado.

³/₄Tú eres el culpable de que mi papá me riñera cuando no he hecho nada.

Rodolfo frotó su peluda cabeza en la temblorosa mano de Miguelito antes de subir de un salto a la estantería.

¾Rodolfo no seas malo ¾riñó Miguelito a su peludo amigo.

El gato había comenzado a caminar por la estantería cuando seguido de un gran estruendo, Rodolfo tiró uno de aquellos extraños objetos, llamados libros, el libro cayó a los pies de Miguelito y este con gran curiosidad lo cogió. Le gustó el tacto y el olor que desprendía cuando lo abrió, era un libro delgado, de tapa dura, y recordó que era el libro que había visto el otro día con su abuelo. Atlas, le había llamado el abuelo Claudio. Según le había explicado, es una colección de mapas, principalmente geográficos, que se presentan en forma de libro. Miguelito acertó a leer: Atlas Geográfico del África.

Una gran curiosidad invadió a Miguelito que se dispuso a abrir el libro acompañado de su fiel amigo Rodolfo, pero una voz conocida hizo que abandonara el libro y bajara corriendo las escaleras hacia la terraza; era el abuelo Claudio que estaba charlando con sus papás. Miguelito se lanzó a los brazos de su abuelo, y le rodeo el cuello con sus infantiles brazos a la vez que lo colmaba de besos. Miguelito quería mucho a sus abuelos, pero por su abuelo Claudio tenía predilección; existía un vínculo muy especial entre abuelo y nieto.

—Justo te iba a llamar Miguelito —dijo la mamá de Miguelito con dulzura—, el abuelo nos tiene que dar una noticia.

—Bien querido suegro, nos tienes en ascuas, ¿qué nuevas nos traes?
—dijo el padre de Miguelito con curiosidad.

—Querida hija, querido yerno, me voy al Chad —anuncio el abuelo de Miguelito con una sonrisa de felicidad.

—¡Qué! ¡De eso nada!, además, ¿eso donde está?, exclamo la madre de Miguelito.

—Querido suegro, he oído bien, ¿al Chad?

—Me alegra comprobar que tu oído está perfectamente querido yerno. Y tu querida hija, el Chad está en África, ¿no crees que deberías de saberlo?, ya que organizas galas benéficas para recaudar fondos para África.

—Dejemos las lecciones de geografía aparte —intervino el papá de Miguelito. Claudio nos preocupa que a tu edad vayas a un lugar tan

peligroso.

—Os agradezco vuestros desvelos, pero no soy un anciano decrepito, recién acabo de entrar en la edad dorada, y es algo que quiero y debo hacer antes de abandonar este mundo.

—Papá, ¿estás enfermo y por eso te quieres ir a ese lugar perdido?

—¡Claro que no estoy enfermo!, me encuentro rebosante de energía. Y querida hija, para no saber ni tan siquiera donde está el Chad, has acertado que es un lugar perdido y olvidado en el corazón de África. Es una deuda moral que tengo por la maravillosa vida que tengo llena de comodidades, con mis necesidades básicas cubiertas por el simple hecho de haber nacido en el primer mundo. Dentro

Capítulo 4

Miguelito llega a África

La voz de la azafata sacó a Miguelito de sus pensamientos. Estaba nervioso, entusiasmado y muy feliz de hacer su primer viaje fuera de Europa con su Abuelo Claudio, y su fiel e inseparable amigo peludo, Rodolfo. La azafata acababa de anunciar que acababan de aterrizar en el aeropuerto de N'Djamena. Rodolfo también se puso algo inquieto y emitió un leve maullido.

Claudio tomó a Miguelito de la mano y lo condujo a la salida del avión. Lo primero que notaron fue un calor que casi no dejaba respirar. Desde las escaleras del avión, Miguelito no podía dejar de mirar lo que ante él tenía; no había pasarela y tenían que bajar a la pista de aterrizaje para ir caminando a la terminal de salida. El paisaje estaba pintado en tonos ocres y apenas había árboles.

Al acercarse a la terminal para recoger el equipaje a Miguelito le sorprendió ver a hombres armados; lejos de asustarse estaba de lo más entusiasmado de poder ver un arma de verdad y tan de cerca. Con la mano que tenía libre hurgó en el bolsillo del pantalón para sacar el teléfono móvil y sacar una foto para enviársela a sus amigos, pero se dio cuenta de que los datos de su teléfono no funcionaban en el Chad. Con cierta decepción guardó el teléfono y pensó que dentro de la terminal tendría internet; mientras su abuelo recogía el equipaje, configuraría el teléfono y sacaría la foto, ya que había más hombres armados que parecían del ejército. Al entrar en la terminal notó que la gente miraba el transportín que llevaba en la mano y del cual salía un suave maullido; Rodolfo llevaba horas dentro del transportín, y debía de tener hambre y sed. Con ojos curiosos buscó una tienda donde poder comprar agua para él y su amigo, pero no encontró nada, tampoco había cafeterías, y tampoco vio ningún cartel con las claves de la wifi.

—Abu, ¿dónde están las tiendas para comprar agua? Tengo sed y Rodolfo también.

—Tendrás que esperar a que lleguemos al hotel, no hay tiendas ni cafeterías en el aeropuerto.

—¿Y la clave de la wifi? Quiero sacar una foto a esos hombres y enviársela a Luisito, Gonzalito, y Guillermo.

—Guarda el teléfono Miguelito, y ni se te ocurra sacar ninguna foto a nada ni nadie, está prohibido sacar fotos, y nos podemos meter en un buen lío, —le explico Claudio mientras recogía el equipaje. «Qué raro es este aeropuerto, en el de Madrid hay tiendas, cafeterías, wifi, y no hay

hombres armados», pensó Miguelito mientras le cogía la mano a su abuelo para ir a la puerta de salida.

En el exterior los esperaba un sol cegador que brillaba con fuerza en un cielo azul intenso, que contrastaba con los tonos ocres del paisaje. Un coche los estaba esperando para llevarlos al hotel; a Miguelito le hizo mucha gracia el vehículo porque parecía que se iba a caer a trozos y al arrancar hizo un enorme estruendo y escupió una negra nube de humo que a Miguelito le recordó una de las viñetas de los tebeos que estaban en el desván.

A media que iba avanzando hacia el hotel, Miguelito no dejaba de estar más sorprendido; todo era ocre, no había apenas verde, ni agua. Por la carretera, llena de baches, circulaban otros vehículos que no tenían unas condiciones mejores que en el que viajaban. Por el arcén de la carretera había niños con cabras, mujeres con camellos vestidas de vivos colores; de repente un ruido ronco captó la atención de Miguelito, una pequeña moto se había colocado detrás del coche e intentaba adelantarlos, cuando lo logro Miguelito pudo ver un trozo de hielo que iba goteando atado a la parte trasera de la moto. Claudio observaba como su nieto no perdía detalle, e iba haciendo anotaciones mentales para acribillarlo a preguntas por la noche.

Una gran algarabía los recibió cuando el coche entro en Yamena, un tráfico intenso, hombres vestidos con llamativas túnicas en bicicleta, mujeres sentadas en la calle con una especie de calderos que contenían un líquido oscuro y espumoso, puestos callejeros...

El coche se detuvo delante de un edificio que vivió tiempos mejores, al entrar en la recepción un señor de mediana edad los saludo con una amplia sonrisa. Después de hacer el registro, Miguelito, Claudio y Rodolfo subieron a la habitación, no antes si deshacer Claudio el malentendido sobre Rodolfo, y dejar muy claro que no era un regalo para la cena de esa noche. Miguelito estaba horrorizado ante la idea de que su fiel amigo terminara como el plato principal de la cena. Claudio lo tranquilizo y le aseguro que Rodolfo no le iba a pasar nada, y que si en el Chad comían gatos era por la falta de alimentos; también le explico que durante estas tres semanas que tenían por delante no iba a poder utilizar sus aparatos electrónicos, ya que el acceso a internet era muy escaso, pero si podría disfrutar de unos amigos que ya conocía y que no necesitan enchufarse, los libros. Claudio abrió una pequeña maleta y puso sobre la cama de Miguelito un motón de cuentos clásicos infantiles. El estómago de Miguelito rugió mientras escuchaba atentamente las explicaciones de su abuelo, esto hizo que Claudio le contara a Miguelito que la gastronomía chadiana es muy distinta a la española.

En breve Miguelito comprobó lo que le había explicado su abuelo. Cuando bajaron a cenar los estaban esperando otras personas que pertenecían a

la organización con la que hacía voluntariado Claudio en el Chad. Miguelito era el único niño, y escucho decir a su abuelo, que lo había traído a este viaje para que conociera otras realidades y se concienciara de la vida que tenía por el simple hecho de haber nacido en el primer mundo.

El señor que los recibió cuando llegaron y que quería comer a Rodolfo, se acercó a la mesa con unos platos de insectos que comenzaron a comer mientras esperaban la cena. Miguelito con determinación cogió uno de aquellos insectos, y lo comenzó a masticarlo bajo la atenta mirada de su abuelo, el niño lanzó una mirada cómplice a su abuelo y volvió a meterse en la boca, otro de aquellos insectos que no estaban tan mal. De repente sonrió y pensó en su mamá, que se habría desmayado si llega a verlo comer insectos, que además fueron directos del suelo al plato.

«Ya estoy en el Chad, comienza la aventura...», pensó Miguelito mientras le ponía los brazos de bufanda a su abuelo y le daba un sonoro beso.

Capítulo 5

Miguelito y la isla de Cuba

Miguelito ha estado esta mañana con un entusiasmo que le brota por su piel. Sorpresivamente, su abuela María lo llevará a Cuba, cuando escuchó la palabra Cuba, recordó todos los cuentos que la abuela María le había contado de esa isla pequeña, situada en medio del mar Caribe, que cuando la miras en el mapa tiene forma de caimán. Miguelito sabe que fue descubierta por el español llamado, Cristóbal Colón, y sabe que allí viven unas primas lejanas de su abuela; su entusiasmo con llegar a Cuba es tremendo.

Llegan al aeropuerto bien temprano, tiene en su equipaje ya todo lo necesario, solo lamenta mucho no poder llevar su gatico Rodolfo, para que también conozca la isla. Luego de horas de vuelo, Miguelito por fin siente el anuncio de proximidad a tierra cubana, y el corazón le late de prisa, a la misma velocidad en que aterriza el avión.

Por fin, en Cuba, la cara de la abuela María, guarda una expresión de nostalgia y felicidad, al mismo tiempo. La cara del niño es de manzana roja y feliz, brillando de alegría. Lo primero que descubre Miguelito es un acento diferente y un trato bien bonito de aquellos que lo han ido a recibir al aeropuerto. Han venido dos niños que parecen tener su misma edad, junto a la prima de abuela que se llama Susana; abrazan a la abuela María y a Miguelito como si los conocieran de toda la vida, se dan un abrazo largo y afectuoso como si todas las aguas del mar caribe estuvieran dentro del abrazo.

—¡A Santa Clara[1] primito!, inos vamos a Santa Clara!, dijo la prima Susana con un júbilo tremendo mientras abría la puerta de un coche que jamás había sido visto por el niño, y enseguida preguntó:

—¿De dónde ha salido este coche mágico?

La prima comenzó a reír sin parar y le decía: —Es un Almendrón[2], mi niño, un Almendrón —mientras le explicaba la procedencia del antiquísimo auto. —En Cuba se llama almendrones a todos los coches norteamericanos anteriores a la década de los sesenta; estos coches

Y le tocaba ya el turno a Arsenio y a Amalia, los primitos cubanos, que fueron llenando en todo el viaje hasta Santa Clara el corazón de alegría y las gavetas de la imaginación a Miguelito. Miguelito ya sueña con vivir en su propia piel todos aquellos cuentos; de baños en el río, irse de pesquería a aquella presa que le llamaban la Minerva, correr en el parque del centro de la ciudad, y ver una estatua de un niño que tiene en su mano una bota que derrama agua en una fuente. Ir al teatro Guiñol, un teatro donde las

obras que se presentan son para niños, así podría evocar los cuentos de su abuelo director de teatro.

Entre muchas anécdotas, y aquel clima tibio y paisaje caribeño, de árboles muy verdes, plantas de cañas de azúcar, palmas y un cielo muy azul; jamás visto por Miguelito, se quedó dormido, y de noche por fin llegó a Santa Clara, quería descansar y dormir, pero que las horas pasaran volando para que llegara por fin, el otro día.

[1] Santa Clara es la capital de la provincia de Villa Clara, situada en el centro de Cuba.

[2] Coches americanos de los años cincuenta que aun circulan por Cuba.